

Las ventanas y las voces, de Juan Carlos Botero
El viaje, la supervivencia, la muerte
The trip, the survival, the death

Resumen

Las ventanas y las voces, cuentos del escritor colombiano Juan Carlos Botero (1960), fijan el recorrido vital de un personaje por entre las dudas de un camino que se ha construido a semejanza del tiempo contemporáneo, con un trazado donde el acoso, la carencia, la muerte no sólo como culminación física, sino como experiencia de vida y como un proceso desde la propia infancia, colocan al sujeto en una exploración constante, en un tránsito que es una nueva actitud de descubrimiento íntimo y exterior.

Palabras clave: viaje-muerte-exploración-descubrimiento

Abstract

The windows and the voices, the Colombian writer's stories Juan Carlos Botero (1960), they fix the vital journey of a character for among the doubts of a road that it has been built to likeness of the contemporary time, with a layout where the pursuit, the lack, the death doesn't only eat physical culmination, but I eat experience of life, as a process from the own childhood, they place the fellow in a constant exploration, in a traffic that is a new attitude of intimate and external discovery.

Key words: trip-death-exploration-discovery

Introducción

La palabra ficcional de Juan Carlos Botero (Bogotá, 1960) en *Las ventanas y las voces* (1998), su primer libro, teje una fina red cuyos puntos de trenzado anudan aprensiones, búsquedas sensoriales, catarsis frente a la muerte como experiencia de la propia vida. Bajo la malla, inundándola toda, vivencias que se acumulan y fluyen hacia los extremos del tejido, enhebrándose para tensar desde allí el centro de la escritura: la muerte y el viaje o tránsito (exterior o interior) como actitud para su descubrimiento.

“Somos viajeros de nacimiento”, escribió Chatwin en *Anatomía de la inquietud*, porque el viaje, desde el inicio de la vida del hombre, se ha convertido en una voluntad para saber, un lugar para el encuentro con la otredad y con lo propio.

El presente trabajo pretende la lectura de *Las ventanas y las voces* a partir de un viaje, íntimo y exterior, que construye el espacio del conocimiento sobre sí mismo para un sujeto¹ que parece andar a tientas, golpeándose contra las historias, solitario, de un camino a otro de experiencias, y donde la muerte se reproduce como una más de ellas.

El olvidado asombro de estar vivos²

En el libro, dentro de este viaje vital, la muerte no es término sino continuidad. No presupone el estado terminal donde el individuo pasa a un supuesto final, sino que, por el contrario, se va haciendo en todas las edades: la muerte acompaña al hombre como sus

¹ En los estudios literarios contemporáneos, la posibilidad de hablar de *sujeto* en lugar de *personaje*, permite la existencia de una noción abierta y dúctil a los rejugos de la escritura, la cual hace que este sujeto posea una identidad autónoma y que sea “el lugar de construcción de la subjetividad” (Thiebaut, 1994: 186) para cualquier experiencia autobiográfica que desee el autor.

² Frase de Octavio Paz citada por Botero en la página 43 de *Las ventanas y las voces*.

pasos. Pocos escritores, entre ellos Botero, han sabido mirarla para la literatura desde esta presencia habitual; también muy pocos hombres han comprendido que por llevarla, han necesitado el rito de la movilidad, de partir hacia el camino de otra geografía o de otro estadio espiritual. Viajar, física como interiormente, es ir habitando una casa distinta para que la muerte no construya su espacio permanente, y para que el ser humano siempre pueda redefinirse.

Frente a la certeza de la mortalidad, el camino; por eso “Todas nuestras actividades están ligadas a la idea del viaje.” (Chatwin, 1996: 114). En “El encuentro”, primer relato de *Las ventanas y las voces*, Alejandro, el sujeto escritural, fija su nacimiento textual a partir de la lectura de un diario abandonado en un desván, clásico depositario de descubrimientos para la literatura occidental, y en el cual se participa de la experiencia en África de un diplomático de nombre Alex Whitefield y de los sucesos en que se involucraron un primo de éste y su esposa. Amén de las múltiples miradas que focaliza el relato -por ejemplo, la entrada de un personaje de Isak Dinesen a la historia, y la construcción de otra identidad a partir de él-, la anécdota apunta hacia una región importante: por primera vez, Alejandro se observa en el disfrute que puede proporcionar el viaje y la posibilidad de la aventura, que

... tienta al hombre porque el pathos de la aventura es un complejo de fuerzas contradictorias; la tentación es precisamente esa mezcla de ganas y horror, donde el horror acrecienta las ganas actuando como ingrediente paradójico, mientras el deseo, positividad sin negatividad implica la atracción simple y unívoca. (Jankelevich, 1989: 14).

Si ciertamente la revelación viene de esa lectura, no resulta menos fundamental el asombro que atraviesa al sujeto, que le permite observar que, junto al camino (camino en su acepción más amplia, desde territorio para el tránsito y la aventura hasta ritual itinerante de trascendencia de lo cotidiano), aparece la muerte. Quienes viven la aventura

contada en el manuscrito, enseñan que tratar de hallarse a sí mismos más allá de la relación diaria -al recurrir a la soledad como *otro* espacio para conocerse- puede constituir una difícil encrucijada, donde por una parte se marcha hacia la superación de una prueba, y por otra, hacia un sin retorno. De ahí, la circularidad del libro: este relato iniciático prepara a Alejandro para su término en “Las ventanas y las voces”, porque cuando se distingue en su *yo* más profundo, se materializa la muerte frente a él, como les había sucedido a los protagonistas de “El encuentro”.

Como primera instancia de reflexión, el viaje de safari pretende la aproximación de John Bingham y de su esposa Sarah Bishop a sus verdaderas personalidades, pero el enfrentamiento con la muerte los define. Aunque la posibilidad de riesgo les había sido advertida, la tentación del viaje los seduce, ya que, implícitamente, acomoda un saber existencial entre ambos, del cual creen que consolidarán una inmortalidad afectiva; sin embargo, sólo mediante el tanteo de la muerte y de ese miedo que se solaza sobre la piel, se sitúan en sí mismos. El viaje provee, entonces, de una certeza: la cercanía de la muerte y su facultad de erigirse en dadora de conocimiento interior, en luz que ilumina al hombre en su verdadera humanidad:

... a veinte metros de distancia, un par de leones destrozaba una presa... (...)

Ninguna de las fieras, extrañamente, intentó subirse al árbol. (...) y se tendieron en el suelo.

(...)

Los males se amontonaron: la incomodidad se hacía insufrible, y el cansancio les pesaba sobre los hombros (...). Pelearon. (...). Hubo insultos y reproches que concluían en abrazos inseguros y llantos desconsolados. (...)

Despuntó el tercer amanecer: los animales continuaban bajo la rama, bostezando y quejándose en rugidos hondos.

... Ella trató de acercarse a John para que él la abrazara, pero el mareo le hizo perder el equilibrio.

(...)

Sarah cayó casi encima de la leona...

Bingham vio a los felinos comerse a su esposa.

Los vio lamer los huesos, gruñendo; al rato, sólo quedaba una mancha roja en el polvo con jirones de ropa regados sobre las hojas secas. (Botero, "El encuentro": 1998: 33-36).

¿Qué sentidos desata en Alejandro el diario que estructura "El encuentro"? La respuesta se va tejiendo en los cuentos posteriores donde él se hace sujeto de las historias. Jankelevich plantea en *La aventura, el aburrimiento, lo serio* que para que el viaje alcance su dimensión de búsqueda (territorial o de interioridad), debe contener tres momentos: duración, libertad y aventura, esta última vaciadero de la probabilidad de muerte: "Una aventura, cualquiera que sea, incluso una pequeña aventura (...), sólo es aventurosa cuando contiene una dosis de muerte posible" (1989:19).

Penetrar la construcción del sujeto Alejandro, permite reflexionar que su transformación dentro de la zona de la vida cotidiana, con el viaje como salida, revela un rito frente a la muerte la cual, como se había expresado en el comienzo del ensayo, ha perseguido al hombre desde sus orígenes.

Pero si se continúa esta línea de análisis, ¿a cuál muerte interroga Botero? ¿Cuál es su fisonomía? Aquí surge un planteamiento interesante. Después de enfrentarse en "El encuentro" con una intención ajena de interioridad, que culmina en desaparición física, Alejandro comienza a transitar por una geografía en la cual la muerte se hace cotidianidad a través del tedio -"Entonces" y "El descenso"-; de la monotonía en la relación sentimental -"La conversación" y "La venganza"-; y de las costumbres como dispositivos para limitar la libertad -"La fiesta"-, todas *pequeñas muertes* -utilizando el término de Bataille-; y que finaliza en un viaje que, al conducirlo a la profundidad de su ser, lo abandona en manos de su muerte como individuo.

De esta manera, confluyen los tres instantes de los que habla Jankelevich: duración, libertad y aventura. En los relatos de *Las ventanas y las voces* se dibuja un largo camino de aprendizaje, en el cual se diagraman "una serie de episodios o peripecias a través de

la duración” (Jankelevich, 1989: 15), que son “un decreto autocrático de nuestra libertad” (17) y que, por su contenido de riesgo, se transforman en aventura. Por eso, la vida viene a ser una transición hacia un estado donde la muerte se ha fusionado con la cotidianidad: descender a la profundidad del mar, reconocer el término de un sentimiento, o reflejarse a sí mismo desde la tortura, dice de los múltiples episodios hacia cierta cualidad de peligro, de un ir “hacia los polos norte y sur de la existencia empírica” (21).

Es como si se tratara de reproducir el ciclo vida/muerte a través de la construcción del sujeto: un primer momento (“El encuentro”), el de la infancia, refractado en el aprendizaje de esta etapa, y en el cual Alejandro se adentra en sensaciones a través de la observación de una lección ajena, que constituye su primer contacto con la muerte; un segundo tiempo (“Entonces”, “La fiesta”, “El descenso”, “La conversación” y “La venganza”) concebido para que él aprenda a conocerse y a encontrarse como individualidad, y que se empareja con la continuidad de niñez-adolescencia-madurez; para llegar hasta un tercer estadio (“Las ventanas y las voces”), paralelo al del envejecimiento y la muerte física, el final de toda experiencia vital.

Actitudes, temores y sentimientos van atravesando a Alejandro, formándole el cuerpo escritural, como enseñanza al lector. La savia de sus actos fecunda el itinerario iniciático, lo enriquece en su condición de práctica vivencial. Porque la vida sólo es aprehensible después de múltiples desajustes, y a veces, se llega muy tarde a comprenderla. Así, por ejemplo, después de un ataque de tiburones durante una inmersión en aguas profundas, Alejandro confiesa:

... lo más aterrador (...) era (...) reconocer que era, efectivamente, mortal, y como si eso no bastara, efímero, y comprendió que ese hecho, obvio y elemental, hasta ahora no había sido más que un reconocimiento abstracto y racional pero no una aceptación profunda, una verdad de entrañas, ni se había traducido jamás en una despiadada toma de conciencia sobre su propia mortalidad, y en ese instante la poderosa intensidad de la vida, su escalofriante fugacidad, pareció

llenarlo, abrumarlo, inundarlo en forma aplastante (Botero, "Entonces": 1998: 60).

Pero, paradójicamente, a medida que avanza en su camino, con sus respectivas etapas de pruebas, Alejandro concluye que situarse en los límites del precipicio existencial (por la aventura que contiene), puede, a la vez que la evidencia, conjurar la muerte. Si cualquier paso por sus bordes lo acercan peligrosamente a ella, también el viaje le permite ausentarse (anularlo) del cerco cotidiano y de esa muerte impuesta por los hábitos:

... lo había sorprendido la dureza de la prueba: admitir que podía ser destruido. Ahora, un mes después de la ruptura, meditaba en el significado de la pérdida.

(...)

Sin darse cuenta, había comenzado a ponerse el equipo.

(...)

La oscuridad bajo el agua era perfecta. (...) Encuentra agradable la sensación, algo aterradora, de estar cayendo por una substancia inescrutable, (...) como el descenso por los abismos de un sueño de agotamiento.

(...)

Comprende que se va a ahogar (...) y se está asfixiando.

(...)

Alejandro abrió con dificultad los ojos. (...) Sabía que había violado todas las reglas y su cuerpo comenzaba a pagar el precio. Sin embargo, a la vez, se sintió indescifrablemente distinto. (Botero, "El descenso": 1998: 119-138).

Aquí se revela una salida de la profundidad interior mientras se recorre el camino y se tantea la muerte. Los ciclos que iluminan al sujeto identifican la idea de que viajar, además de otorgar el don de una palabra de sabiduría, es cauce para entenderse a sí mismo, y para transformar la experiencia propia en un espejo en el que pueden contemplarse otros. "No es más que explorando el mundo como se llega más al fondo de uno mismo" (1991: 396), escribió Todorov.

De la movilidad, precisamente, viene el enriquecimiento vital, y los cambios sucesivos que aporta el camino, moldean para un estadio superior de autorrealización. Entonces,

viajar a las profundidades del océano o de la psique en una conversación de pareja, descubre una vía de aprendizaje para saber reconocerse en el tránsito por la vida y para tentar el límite de la supervivencia hasta su consecuencia máxima:

Todo esto es como si estuviéramos pasando bajo un puente, y de pronto, cuando estamos en la mitad del trayecto, empieza la primera sacudida, (...), miras con ojos entrecerrados la estructura que tiembla y comprendes, (...) que sí, esto se está cayendo, y te enfrentas a un dolor inimaginable pero cierto, (...) no te mueves, no haces ningún esfuerzo por escapar, por alejarte de los escombros que están a punto de desplomarse (Botero, "La conversación": 1998: 164-165).

Por su parte, el relato "Las ventanas y las voces" supone el final del ciclo viaje-aventura-muerte, en él se arriba al fondo de la experiencia. Acercarse primero a la tortura como observador resulta un plano de esa inmersión final, pero sufrirla en la propia piel, es la última oportunidad en el nivel de riesgo. Todas las salidas se cierran, y el hombre queda abandonado a las consecuencias del peligro y al ejercicio de la aventura total. Como apunta Jankelevich, el horror y la fascinación se funden.

Reconocerse en la seducción por el dolor ajeno habla de ubicarse en el vórtice de la muerte, porque sólo una mínima línea los separa: "ambos reconocieron (...) una extraña fascinación, una especie de curiosidad morbosa (...) una atracción macabra pero irresistible" (Botero, "Las ventanas y las voces": 1998: 224). De ahí, que el proceso de enseñanza vital del sujeto culmine en la tortura, en ese momento de "alegoría atroz del cuerpo al que se le va desnudando de la realidad y validez de todo saber, (...) y que termina reducido a un minúsculo significante biológico" (Eltit, 2000: 50).

Para Alejandro, cada día ha sido un instrumento de laceración sobre su cuerpo, donde las experiencias vitales le han levantado una pared de fondo, sin posibilidad de escape. Cuando ha llegado a sí mismo y comprende su razón de vida como individuo -la lucha

como ser social-, ha llegado también a la muerte, al término del viaje, a través de la abyección y la tortura:

Una tarde, al año de haber empezado la universidad, Alejandro participó en una marcha estudiantil para protestar por unos decretos de corte represivo...

(...)

Cuando Alejandro recobró la conciencia, se encontró atado al espaldar de una silla con los ojos vendados. (...). Esperó unos minutos, sintiendo la garganta reseca, cuando oyó que alguien abría una puerta, y de un tirón le quitaron la cinta de los ojos. El quemón casi lo hace chillar. (...) en ese instante un hombre se acercó y le metió con brusquedad un trapo sucio en la boca. (...) en medio de su horror levantó los ojos desorbitados del miedo. (Botero, "Las ventanas y las voces": 1998: 233-234).

Toda vida fluye hacia la muerte, pero en Alejandro, la vida ya había contenido la muerte, y la tortura no es más que otro eslabón de esa unidad. El riesgo se ha desplegado hasta su última instancia y la aventura se transforma en "imperio enigmático de lo posible" (Jankelevich, 1989: 12). La muerte es liberación después del recorrido, pues el sujeto, en su tránsito por tantos caminos, ha superado las pruebas.

Concluyendo

En *Las ventanas y las voces*, la figura del sujeto, al irse armando como entidad en crecimiento vital, se transforma en un dispositivo de experiencias y acumulaciones que proporciona claves e historias que, como espejos, reflejan las inquietudes y las interrogantes de cualquier individuo o colectividad.

Textualizada en la piel de los sentidos y de las experiencias, en estos relatos la escritura de Botero arma el viaje hacia la profundidad del ser. Descubrirse a sí mismo implica una lección de peligros y acechos, que alumbran, por igual, lo cotidiano y lo sublime. Ante un libro como éste queda el asombro frente a una comprensión tan

reveladora de nosotros mismos. Y la inquietante certeza de la muerte, nuestra más cercana prójima.

Bibliografía

- Bataille, Georges (2000). *Las lágrimas de Eros*. Barcelona: Tusquets.
- Botero, Juan Carlos (1998). *Las ventanas y las voces*. Barcelona: Ediciones B.
- Chatwin, B. (1996). *Anatomía de la inquietud*. Barcelona: Anaya.
- Eltit, Diamela (2000). *Emergencias. Escritos sobre Literatura, Arte y Política*. Chile: Planeta/Ariel.
- Jankelevich (1989). *La aventura, el aburrimiento, lo serio*. Madrid: Taurus.
- Thiebaut, Carlos (1994). "La construcción del Sujeto: entre la filosofía y la literatura", en: López, María Teresa (comp.). *Figuras del logos. Entre la filosofía y la literatura*. México: Fondo de Cultura Económica; pp. 186-204.
- Todorov, Tzvetan (1991). *Nosotros y los Otros*. México: Siglo XXI.